

SILLÓN DE OREJAS Por Manuel Rodríguez Rivero

En la senda de los elefantes

LÁMENME SUSPICAZ, pero durante la inauguración de la Feria, mientras los *royals* y el ministro más histriónico del Gobierno de donde-dije-digo-digo-Diego recorren el recinto, me pareció observar en las casetas (no excluyo que se tratara de uno de mis delirios) una presencia anormal de libros de Babar, el pequeño elefante creado por Jean de Brunhoff (circa 1931) que huye de la selva para escapar del cazador (¿quizás rey de un país lejano?) que desea convertirlo en trofeo. Menos mal que a la editorial Vergara no le ha dado tiempo a publicar *La balada de los elefantes*, de Joan Brady (la *bestseller* autora de *Dios vuelve en una Harley*), porque tanto proboscido en despliegue libresco podría haberse considerado una provocación a la (por ahora) más alta magistratura del Estado. Como la de esos universitarios resentidos y (sin duda) bolcheviques que no cesaban de abuchear al ministro de la uve doble a cuenta del aumento de las tasas, del hacinamiento en las aulas, de la escasez de becas, de la precarización de los profesores. Y eso que a JIW (me refiero al ministro y no a los indígenas de la comunidad colombiana en peligro de extinción cuyo nombre coincide con su acrónimo) parece que le va la marcha. Lo cierto es que no recordaba una pitada semejante (eran pocos, pero se hacían oír) en el Retiro desde el escándalo de *El Libro Rojo del Cole* (Nuestra Cultura, 1979), cuando todavía estaba lejos la picaresca de las librerías "especializadas" y todas tenían las mismas posibilidades de obtener un lugar en la sombra. En cuanto a los protestones, y antes de que el ministro Jorge Fernández Díaz logre aprobar su nueva ley represiva para hacer frente a los caldeados tiempos que vienen, me apresuro a aclarar que no iban encapuchados, sino a cara descubierta, orgullosos de poner en práctica esa rebeldía cívica y democrática de la que hablan, por ejemplo, Emerson, Thoreau, Tolstói o Rawls en la estupenda antología *Desobediencia civil* (Tecnos), editada por Antonio Lasstra. Eso sí, algunos lucían el llamativo pin del puño cerrado que regalaban en la caseta de Contexto a cuenta de la nueva edición del *Manifiesto Comunista* (Nórdica), un de-

talle que no pudieron apreciar (por la distancia interpuesta por la policía), ni los (aún) populares *royals* ni el (muy) impopular ministro-sin-ruegos-ni-preguntas. La comitiva, siguiendo una muy pautada tradición, se detuvo en las casetas de los grandes grupos y en la de alguna editorial convenientemente seleccionada (no, desde luego, en la de la Fundación Federico Engels). Al acabar, y mientras el homérico Helios Hiperión los observaba inclemente y estupefacto en mitad de su cotidiano recorrido por el cielo, los *royals* se fueron por su lado y el ministro peor valorado del Gobierno por el otro. Se me ocurrió que si JIW, sociólogo antes que

dieta paleolítica) en algunos de ellos, y doy fe de que en el librito están (casi) todos los que son. Si les interesa, pídanlo (insisto, *gratis et amore*) a administración@keyiberboard.com. De nada.

Recomendaciones

MIREN, LOS suplementos literarios y las webs correspondientes ya les han informado suficientemente acerca de las novedades más solicitadas y mediatizadas de la Feria, de modo que voy a intentar no ser demasiado redundante. El país invitado es, ya lo saben, Italia. Son muchos y



Ilustración de Max.

notables los sellos con buen catálogo "italiano", pero permítanme llamarles hoy la atención sobre Gadir, que viene publicando desde hace tiempo, y en buenas traducciones, esos libros "de fondo de armario" (o de biblioteca) imprescindibles para conocer los derroteros de la literatura de ese país por tantas razones cercanas (más aún si consideramos las respectivas primas de riesgo). En Gadir pueden encontrar joyas como el *Zibaldone*, de Leopardi; *El desierto de los Tártaros*, de Buzzati; *La tala del bosque*, de Cassola; *La Historia*, de Elsa Morante; *La conciencia de Zeno y Senilidad*, de Svevo, o *Conversación en Sicilia*, de Vittorini. Por lo demás, durante mi primera semana de feria me he sumergido en la lectura de dos libros recién publicados por editoriales muy distintas. El primero es la ya clásica (1996) biografía *Napoleón* (Crítica), de Jean Tulard, una lectura muy adecuada para esta época de "políticos pigmeos" (Tony Judt). El otro, que acompaña mis insomnios desde hace días y en el que a cada relectura encuentro alguna maravilla, es *Casi invisible* (Visor, edición bilingüe con traducción de Julio Trujillo), el último poemario de Mark Strand, uno de los grandes poetas norteamericanos vivos. Si quieren disfrutar con una poesía (en prosa) vibrante de luminosidad y expresada en incontables registros (de la sátira elegante a la meditación crepuscular, de la evocación autobiográfica a la fantasía desbordada) no se lo pierdan. Otra vez de nada. ●

sparring, continúa haciendo gala de su maliciada prepotencia, tendrá que largarse a *demoscopiar* una isla desierta tan pronto como el señor Rajoy suelte el primer lastre calcinado. Mientras tanto —le despedí para mis adentros—, ahí te quedas, majó, compuesto y sin rectores. Y volví a mi cerveza fresquita (y carísima).

ros se habrá formado una cola como si regalaran entradas para un concierto de Bruce Springsteen. Y es que, desde lo de Lehman Brothers ya sabemos que todo puede suceder, incluido que a uno le regalen libros. Ahí tienen, hablando de dietas saludables, una edición puesta al día del célebre folleto (48 páginas) *Donde va la burguesía cuando no paga la compañía*, un vademécum de sólidos restaurantes tradicionales y tascas ilustradas de Madrid en los que puede degustarse una cocina abundante y honrada a precios asequibles. Su autor es el siempre curioso y atento Anselmo Santos, artífice de una próxima biografía de Stalin además de feliz semijubilado, buen gastrónomo y eterno inspector de las casas de comidas que recomienda. Me aseguro que se lo enviará gratuitamente a todo el que lo solicite (incluido, si llega el caso, el señor Dívar) hasta que se le agoten las existencias. Yo suelo comer (y no sólo mi

DESIENDE QUE abandoné definitivamente al doctor Dukan y me entregué con fervor a la paleodieta (básicamente: pescados y crustáceos, carne de caza y tuétano fresco, frutas y bulbos, nada de *johnnie walker*) duermo mejor. Mis proverbiales y horrosas pesadillas se han transformado en felices ligerillas, como esa que soñé la otra noche y en la que el crucero en que viajaban JIW y la señora Aguirre naufragaba frente a la isla de John Silver,

Efecto mortal

Efecto noche

Frederick Reiken
Traducción de Mariano Antón Rato
Alianza. Madrid, 2012
464 páginas, 18 euros

Por Francisco Solano

ESTA NOVELA tiene el mérito de erigirse en claro ejemplo de la impostura a que hoy está sometida la producción editorial en el campo de la narrativa. Ya no se trata de que una novela sea buena, mala, ambidiestra, apañada o tirando a pescadilla que se muere la cola, sino que, en este caso, viene directamente decapitada de su potencialidad literaria. Ciertamente, de haberla publicado una editorial estrictamente comercial, su propia

superficie abollada no la haría merecedora de recensión. Pero hete aquí que se presenta bajo un sello editorial de prestigio, ya un tanto remoto en su política de novedades, aunque todavía latente. En puridad, no sería necesario leer entera *Efecto noche* para apreciar nítida y desgraciadamente su desértica factura literaria: basta con la consternación que produce el texto de contraportada, donde en pocas líneas se reúnen los tópicos más estridentes ofrecidos como menú del día para degustación de comensales habituales: una fecha (para que el lector no pierda pie), un nombre eslavo o judío, una huida de Europa, la Segunda Guerra Mundial, un enfermo de cáncer, un padre sobreviviente de los nazis, un grupo de rock, un hermano en estado de coma ("tras sufrir un accidente de moto en Israel"), una misteriosa mujer en

un avión, la presencia del FBI. O sea, los ingredientes de la paella narrativa que más se consume en cualquier lugar del mundo. Claro está que el contenido es condigno de un paratexto tan incitante. Ya en la segunda página se menciona una conferencia "sobre las últimas tendencias en dinámica de población de los erizos de mar". ¿Es una ironía? No, lamentablemente. Más adelante, en el capítulo "Monstruo", un agente del FBI amplía un informe con observaciones tan apegadas al rigor de la investigación como que una sospechosa le recuerda a su hija a la que, como buen padre, echa de menos. La novela se estructura agregando crónicas de personajes, más o menos colaterales de un argumento fantasma, todos muy verbosos, y con reflexiones de este cariz: "Nos ponemos de acuerdo en todo lo que vemos

y admitimos que lo que veremos nunca coincidirá con la realidad absoluta". ¡Nada menos que la realidad absoluta! Reiken debe saber de qué habla, pues la novela despliega un abotargamiento geográfico que se inicia en las aguas del río Hamosassa, en Tampa (Florida), y atraviesa Europa, aprovechándose de la tragedia judía como si fuera un entretenimiento para tardes ociosas. Paul Virilio ha señalado que, con su pronóstico de fin de la historia, Fukuyama nos hace perder el tiempo, y que no se trata "tanto del fin de la historia como del de la geografía". El urbanista y filósofo se olvidó de ilustrar su aserto sirviéndose de libros que asaltan el territorio de la novela y cooperan con ahínco en esa demolición. En la contraportada de *Efecto noche* también se dice —pero no quién— que Frederick Reiken ha sido comparado con Paul Auster, Jonathan Franzen y Julian Barnes. ¿Excusa, ponderación, protocolo? También se puede comparar una lechuga y un águila imperial. ¿Será, tal vez, que los cuatro escriben en inglés? Será eso. ●

16 EL PAÍS BABELIA 02.06.12

Printed and distributed by NewsprintDirect
www.newsprintdirect.com US/Can: 1 877 900 4500 Intern: 800 834 6394
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW